EL BEATO CHAMINADE Y LA FE

I. AMAR LO QUE SE CREE: LA FE DEL CORAZÓN

1. Carisma, espiritualidad y oración

"Un día estaba Jesús orando en cierto lugar. Cuando acabó, uno de sus discípulos le dijo: Señor, enséñanos a orar, como Juan enseñó a sus discípulos" (Lc 11, 1). Cada grupo religioso tiene su espiritualidad particular y su manera de rezar: neocatecumenales, carismáticos, San Egidio, Familia Marianista. La tradición lo decía: "Lex orandi, lex credendi". Lo que uno cree debe estar de acuerdo con lo que uno reza. A través de nuestra oración se puede percibir qué imagen tenemos de Dios. Pero también a la inversa: "lex credendi, lex orandi". Lo que uno reza debe estar de acuerdo con lo que uno cree. La fe se traduce en fórmulas y estilo de oración. Sin duda existe una fe común y una espiritualidad común, pero coloreada por las peculiaridades carismáticas[1].

El espíritu interior

La larga vida del P. Chaminade sólo se entiende a partir de su servicio a la Iglesia de su tiempo[2]. Fue un servicio misionero que quería reconstruir el tejido social de la Iglesia maltrecho por la Revolución, y contribuir así a la evangelización de las masas que durante aquellos años habían estado alejadas de la vida eclesial y carecían de una formación cristiana adecuada. Chaminade se sintió llamado por Dios a colaborar en esa misión, primero a través de las comunidades cristianas o Congregaciones Marianas (1800-1830) y después también a través de los dos Institutos Religiosos (1816 y 1817).
El Beato Chaminade fue un hombre de fe. La Iglesia, al beatificarlo, lo ha reconocido. La fe fue el motor de todo lo que hizo. Chaminade fue un hombre de acción, sobre todo de acción pastoral mediante la cual formó en la fe tanto a laicos como religiosos. No fue un teórico, un estudioso de la fe, sino que trató de vivirla y comunicarla a los demás. Nos ha dejado una gran cantidad de notas que utilizó en sus sermones y charlas. Muchas de ellas tratan de algún aspecto de la fe cristiana y de sus consecuencias para la vida de fe. Reflexionó también sobre lo que significa creer, precisamente en un siglo en que la fe dejaba de ser algo dado por supuesto, es decir heredado. Tuvo que defender la fe cristiana contra los ataques de la modernidad que quería emanciparse no sólo de la

[1] En el origen de este artículo está la conferencia que di a las Fraternidades de Valencia el 2 de marzo de 2013 para presentar el libro de Antonio González Paz, *Amar lo que se cree*: *Propuestas para rezar con el Credo*, PPC, Madrid 2012.
[2] Cf. Lorenzo Amigo, "El P. Chaminade, sacerdote: al servicio de la misión de la Iglesia", *Mundo Marianista* 9 (2011) 1-18

tutela de la Iglesia sino también de la fe, para ser una humanidad que se orientaría exclusivamente por la razón humana[3].

Como Fundador, Chaminade recibió de Dios un carisma que ha legado a la Familia Marianista. El carisma marianista, o espíritu propio, ha dado lugar a una espiritualidad marianista y a una manera de orar marianista, así al menos lo formulaba el Fundador. Es interesante la aproximación que hizo al tema en el retiro de 1821 en la meditación 18. El tema de las conferencias fue mostrar cómo la fe hace progresar la meditación de los religiosos. Éstas constituyen por sí mismas un verdadero y excepcional tratado acerca de la oración mental. Pero luego están también las meditaciones. En la nº 18 exalta el carácter mariano de la vida interior de meditación característica del espíritu marianista. Este se adquiere a través del cultivo de la dimensión mariana de la oración y meditación, y mediante la imitación de las virtudes de María, como propone el método espiritual de las virtudes.

> Mal se entendería sin embargo a Chaminade, si se piensa que el "espíritu interior" de meditación y de progreso en las virtudes tiene por único objeto una santificación del religioso que se cierre en el individuo. Este espíritu interior tiene una vigorosa manifestación exterior, pues se trata de un camino que desemboca en una adhesión completa y radical a Dios para extender la fe en medio de un siglo depravado por la indiferencia religiosa[4].

Chaminade, sin mencionarlo, habla efectivamente de la fe, y así se ha entendido en nuestra tradición que explica el espíritu interior, como espíritu de fe y de oración. El punto de partida de la meditación 18 fue la frase bíblica: *Habéis recibido un espíritu de hijos adoptivos, que nos hace gritar: Abbá, Padre* (Rom. 8, 15). Se trata, pues del espíritu propio de los hijos de Dios que se traduce hasta en las formas de rezar en el momento de peligro. La fe judía se expresaba con la fórmula "Señor, Señor". Los cristianos decimos "Padre nuestro que estás en el cielo"; los marianistas "¡Madre nuestra, Madre nuestra!"[5].

No creo que el Fundador quiera decir que nuestra oración tiene que ser simplemente una oración dirigida a María. Más bien, el marianista encuentra en María un modelo de fe y de oración. Chaminade nunca formuló su espiritualidad de manera abstracta sino que su manera de entender la vivencia del cristianismo se visualizaba en la persona de María, en cuanto totalmente referida a Cristo. La espiritualidad marianista es cristocéntrica y, por tanto, mariana.

Chaminade señala que todos los institutos tienen un espíritu común, el seguimiento de Cristo, pero esto no impide que cada instituto tenga su espíritu propio.

---

[3] Lógicamente no es mi intención exponer toda la doctrina de Chaminade sobre la fe. Los siete gruesos volúmenes de sus escritos editados en G. J. Chaminade, *Écrits et Paroles*, Piemme, Casale Monferrato 1994-96, vol. I- V; para los vol. VI-VII, ARSGL Vercelli, 2009, abordan todos los temas de la fe cristiana de manera no sistemática sino circunstancial y contienen también numerosas reflexiones sobre el acto de fe. Tenemos dos monografías excelentes sobre el tema: A. Gascón, *Defender y proponer la fe en la enseñanza de Guillermo José Chaminade*, Madrid 1998; J. M. Rueda, "Guillermo José Chaminade y el pensamiento moderno. Crítica a la indiferencia religiosa", *Mundo Marianista* 3 (2005), p. 301-484, cf. Guillermo José Chaminade y el pensamiento moderno. Crítica a la indiferencia religiosa.

[4] E. Cárdenas, *Itinerario mariano de Guillermo José Chaminade. Misionero de María,* SPM, MADRID, 2004, p. 212.

[5] G. J. Chaminade, *Notas de Retiro*, ed. SM, Madrid, 1967, I, 653-658, Retiro de 1821, Meditación 18ª.

Este es efecto de la inspiración divina, algo recibido, y no algo que simplemente se le ha ocurrido a uno. Pero al mismo tiempo tiene una relación con las circunstancias y necesidades del momento histórico. Así ocurre con todos los carismas que son dados a la Iglesia para poder realizar su misión en el mundo.

El P. Chaminade no piensa nunca de manera abstracta sino histórica. Aquí anticipa sus análisis sobre la situación de la fe en la época moderna, caracterizada por la corrupción, la irreligión e impiedad y la indiferencia por la salvación[6]. Más tarde denunciará la cultura de su tiempo como la herejía de la "indiferencia religiosa". Esa corrupción, que antes afectaba tan sólo al corazón (moral), se ha introducido ahora en la mente (filosofismo), lo cual es mucho más grave. En el último término la modernidad se caracteriza por confinar la religión en la esfera de lo privado y echarla fuera de la vida pública. La fe cristiana ya no controla la política, la economía, el arte, las costumbres sociales. Todas estas esferas se rigen en último término por el principio de utilidad. La misma religión tendrá derecho a existir en la medida en que demuestre que es útil.

Es en ese contexto en el que Dios ha suscitado el Instituto de María y le ha dado el espíritu que le conviene, el espíritu interior. Este es pues la respuesta adecuada a los desafíos y necesidades del momento. Ese espíritu es una llamada no sólo a santificarnos sino a reavivar la fe en Francia, en Europa, en el mundo entero. Sólo así se preservará la generación presente del error. Espíritu interior para Chaminade significa el espíritu de Cristo: sobre la vida de Cristo deben modelar la suya los religiosos. Por muy ocupado que pareciera estar en las cosas exteriores, Jesucristo conversaba interiormente con el Padre. Todas sus acciones y palabras procedían de sus sentimientos interiores[7].

Hay que estar atentos para no identificar el espíritu interior precisamente con el subjetivismo moderno o con lo que los modernos llaman la libertad de conciencia, que reduce la fe a una convicción interior que no puede pretender validez a la hora de organizar la sociedad. El espíritu del mundo moderno, según Chaminade, es un espíritu de disipación y de avidez. Lo que veía en su tiempo era un hombre volcado hacia el exterior, sea hacia la acción o hacia la diversión, que no brotaban ya del interior de la persona. El hombre, como ya señalaba Pascal, se entregaba a la diversión para huir del vacío interior y del miedo a la muerte. Chaminade aprecia la acción, pero una acción que brote de la interioridad del hombre y no esté movida simplemente por el deseo de lucro, de ganancia fácil para satisfacer todos los deseos que atormentan al hombre[8].

---

[6] "Estamos firmemente persuadidos de que Dios mismo ha suscitado la fundación del Instituto de María. Pero si consideramos en qué tiempo lo ha suscitado y qué fin quiere que se proponga en este tiempo, descubriremos perspectivas muy grandes. Echemos una mirada sobre este siglo: "¡Dios Santo! ¡Qué espantosas tinieblas, qué terrible depravación, qué desoladora indiferencia por la salvación! En los siglos precedentes, la corrupción sólo se había introducido en el corazón, pero hoy la mente y el corazón están igualmente gangrenados. Y el mal de la mente es incomparablemente más dañoso e incurable que el del corazón. En esta situación, en este tiempo de desolación, y cuando la generación que acaba de nacer y las que la seguirán se ven amenazadas de ser devoradas por la irreligión y la impiedad, Dios funda el Instituto de María y le da el espíritu que le conviene: el espíritu interior. Dios nos llama no sólo a santificarnos, sino a reavivar la fe en Francia, en Europa y en el mundo entero, a preservar a la generación presente del error", *Notas de Retiro*, 653-658, Retiro de 1821, Meditación 18ª.

[7] Cf. *Notas de Retiro*, I, 313.

[8] Lammenais, *Essai sur l'indifférence en matière de Religion*, Paris, 4 ed. 1838, vol I, p.29, constata una indiferencia profunda acerca de los deberes y de las creencias, con un amor desenfrenado de los placeres y del oro mediante el cual todo se puede adquirir. Todo se compra, porque todo se vende, conciencia, honor, Religión, opiniones, dignidades, poder, consideración, incluso el respeto: se da un vasto naufragio de todas las verdades y de todas las virtudes.

El espíritu interior: fe del corazón

Chaminade es consciente de la fuerza del deseo y por eso orienta al hombre hacia lo profundo, hacia el corazón. En ese contexto histórico el espíritu interior supone una vivencia de la fe en comunidad, frente al cristianismo tradicional individualista. Pero sobre todo supone un resituarse de la persona ante Dios, que estaba despareciendo del horizonte racionalista contemporáneo, que reducía la fe cristiana a un deísmo filosófico. Es muy difícil dirigir la oración al dios de los filósofos. Chaminade habla del Dios de la revelación cristiano, Dios de Abrahán, de Isaac y Jacob, Dios de nuestro Señor Jesucristo (Pascal). El religioso hace de su alma un templo para el Señor, es decir no lo considera una realidad lejana sino que El habita en nosotros. Es en este templo interior en el que el religioso le rinde culto, ofreciéndole en sacrificio su voluntad, es decir una respuesta de amor libre, abierto siempre a hacer lo que Dios quiere. El religioso vive en la presencia de Dios, considerada como categoría personal y no ya espacial, como la del templo. Esa presencia de Dios no es simplemente estática sino dinámica y transformadora de la realidad de la persona que vive en diálogo amoroso con Dios, como definía Santa Teresa la oración. Esa oración no nos lleva a encerrarnos en la propia persona sino que nos abre a las necesidades del prójimo y de la Iglesia[9]. La religión o la fe no es un sistema de creencias, ritos y moral, sino ante todo una relación personal con Dios, con Jesús, con la Virgen, con San José. Se trata de vivir en unión con Dios. De esa relación derivan los otros elementos de la fe y la religión[10].

La vida interior no es refugiarse en la propia subjetividad, tan característico del pensamiento moderno. Se trata de descubrir una presencia que invita a un encuentro. Su contenido lo formuló de manera concisa y clara San Juan de la Cruz:

Olvido de lo criado,
memoria del Criador,
atención a lo interior,
y estarse amando al Amado[11].

La fe y María

¿En dónde encontrar el espíritu y el modelo del espíritu interior? En la respuesta que va a dar Chaminade, se traduce de nuevo su preocupación por evitar lo abstracto y el deseo de ser concreto. *El espíritu del Instituto es el espíritu de María: esto explica todo. Si sois hijos de María, imitad a María*. Es toda una dinámica, toda una mística la que el fundador nos propone. Hablar del espíritu interior es hablar de María como la primera creyente. Es en Ella en quien debemos inspirarnos. Se trata de tomar a María como patrona y modelo, puesto que imitar a María es imitar a su adorable Hijo, fin principal de nuestra vocación[12].

Chaminade invita a seguir el consejo que nos da María, al hablar de su hijo, a los servidores de las bodas de Caná: *Haced cuanto El os diga*, lo cual supone entrar en una relación personal con Jesús. Chaminade verá en el texto de las bodas de Caná la misión

[9] *Notas de Retiro*, I, 493, apuntes de Bidon.
[10] *Notas de Retiro*, I, 655.

[11] *Letrillas* 14: "Suma de la perfección".
[12] *Notas de Retiro*, I, 493.

de sus hijos: *Haced lo que Él os diga*. En la *Carta a los predicadores de 1839* pondrá en relación con este mandato la misión del marianista de formar en la fe.

Pero ya antes en 1827 había captado perfectamente en este pasaje la fe de María y su invitación a tener fe en Jesús.

> *Haced todo cuanto él os diga* (Jn 2,5); es decir, Haced cualquier cosa que os mande, aunque parezca extraña a la razón. Es como si les dijera: Tened fe en El. Pues bien. Tales son también las palabras que nos dirige la Virgen a nosotros que somos sus hijos: haced todo cuanto mi Hijo os diga: pero ¿cómo nos hablará Jesucristo? Por la fe: escuchemos lo que nos dice la fe, recurramos a la fe y pongamos en práctica lo que ella nos enseña; así haremos lo que Jesús nos dice. El espíritu del Instituto es un espíritu de fe; hay que ir a Dios por la fe"[13].

El espíritu interior es la vida del Espíritu de Dios en nosotros. Es una vida de fe. El Espíritu Santo regula los deseos, reforma los juicios, renueva los afectos, espiritualiza las miras; todo se ve con los ojos de la fe. El mundo entero es sólo un libro abierto en el que descubre sin cesar las maravillas de Dios y la ceguera prodigiosa de casi todos los hombres[14].

Por la fe Cristo habita en nuestros corazones (Ef 3,17), es concebido en nuestro corazón a ejemplo de María, por obra del Espíritu Santo. Como San Agustín, Chaminade no busca a Dios fuera sino dentro del propio ser. Pero eso no encierra a uno en la subjetividad sino que nos ancla en el misterio de la encarnación. Como dirá el Vaticano II, *"El Hijo de Dios con su encarnación se ha unido, en cierto modo, con todo hombre"* (GS 22). De esa manera uno se abre a la experiencia comunitaria y eclesial pues con la encarnación ha empezado propiamente la Iglesia, que procede de la Trinidad que actúa de manea especial en el momento de la encarnación.

> Vuestro amor por la divina María me parece crecer siempre y bendigo al Señor por ello; es Jesucristo el que os inspira, o más bien quien os inspira poco a poco, y según el grado de vuestra fidelidad, el amor que él mismo ha tenido por su madre santísima. Su amor por ella es eterno, en razón del designio eterno de su Encarnación: la realización de este gran misterio no hace más que llenar su humanidad del amor eterno que tenía por ella.
>
> Lo que no ceso de admirar desde hace algún tiempo , y me parece que desde muy poco tiempo, es que María en el misterio de la Encarnación fue asociada a la fecundidad del Padre por su viva fe, animada de una caridad inconcebible y engendró a la Humanidad de que se revistió su adorable Hijo. La fe también, querido hijo, nos hace concebir a Jesucristo en nosotros mismos. Que por la fe Cristo habite en vuestros corazones (Ef 3,17)… Les dio el poder de llegar a ser hijos de Dios (Jn 1,12). Todos los tesoros de la divinidad se reducen en María a la fe que la animaba; esta fe se convierte en una plenitud de gracias y una fuente de vida. Como María concibió por su fe a Jesucristo en el orden natural, nosotros podemos concebirle muy realmente por nuestra fe, en el orden espiritual[15].

---

[13] G. J. Chaminade, *Escritos Marianos*, ed. SM, Madrid, 1968, II n 833-834, Retiros de 1827.
[14] *Écrits et Paroles* IV, 121. 24 ss, inspirado en Massillon.
[15] Carta 1 de marzo 1843 al P. Perrodin, *Escritos Marianos*, II, 116.

2. Fe y oración

Chaminade junta la fe y la oración. El que cree reza. La oración es un ejercicio de la fe. Digamos de pasada que la oración y el acto de fe implican a toda la persona: inteligencia, voluntad, memoria, imaginación. Por eso no puede haber oposición entre la fe y la razón. La fe implica toda la persona, la razón es simplemente una de las facultades. Cuando creo pienso. La fe sólo existe auténticamente en la medida en que el hombre , con todo su ser, por tanto con su razón, sentimientos y voluntad, se orienta y responde al Dios que se revela. La fe piensa, pero de manera diferente a cuando uno usa el entendimiento en el pensamiento científico para conocer la naturaleza. El objeto de la fe es Dios y su historia de salvación, que no pertenecen al mundo de la naturaleza. Esa historia de la salvación nos permite el encuentro personal y experiencial con Dios. Para entenderlo se usan sobre todo las categorias de las relaciones personales, en particular la de promesa y cumplimiento.

Chaminade es un fiel discípulo de Ignacio de Loyola. "Para Ignacio el drama de su tiempo fue, ante todo, un drama de las conciencias. La tarea que se le ofrecía era la renovación del mundo interior. Pero esta renovación tenía que realizarse en el plano eclesial"[16].

Los Ejercicios Espirituales fueron para Ignacio y los jesuitas el medio privilegiado para renovar el mundo interior[17]. Ignacio lleva al ejercitante a una profunda introspección psicológica, pero no para dar vueltas en torno al propio yo, sino para descubrir la presencia de Dios que invita a un encuentro[18]. Clave en esa vida interior es el conocimiento interno de Cristo[19].

Conocer equivale a sentir y gustar internamente de un don espiritual recibido, de una noticia divina. Ignacio siente y conoce internamente a Jesús en cuanto que él mismo está afectado por su amor. Es conocimiento interno en doble dirección, en cuanto que penetra en el centro mismo de la persona del ejercitante. Pero también interno en cuanto a la persona del Señor. No ha de quedarse en lo exterior de sus hechos (modo de proceder) ni en lo valioso de su doctrina (modo de pensar) sino que ha de llegar al modo de ser de Jesús. La identificación perfecta se realiza en la medida en que se asimila el mundo interior de los porqués. Nos movemos por lo mismo, para los mismos fines. Pero se reconoce a una persona, la del Verbo encarnado a través de unos acontecimientos que tuvieron lugar en la historia. Y ese amor desencadena un movimiento de adhesión que culmina en la plena identificación del seguimiento y del servicio.

---

[16] , C. De Dalmases, *El P. Maestro Ignacio*, Madrid 1982, p. 166, citado por Santiago Arzubialde, *Ejercicios Espirituales. Historia y análisis*, Bilbao-Santander, 2ª ed. 2009, p. 920 n. 14. El mismo Arzubialde dirá: "En el intento de renovación de la Iglesia, muchos movimientos coinciden en la vuelta a los orígenes, a la búsqueda de un cristianismo interior, de marcado carácter bíblico, la oposición a las formas tradicionales de religiosidad, la oposición a la vida religiosa, a la Teología Escolástica, sustrayéndose más o menos abiertamente de la autoridad de la Iglesia, *Idem*, p. 919, n. 12.

[17] "Los *Ejercicios* pueden describirse y definirse de diversas maneras, pero en términos generales suponen una llamada a la vida interior y pretenden purificar las motivaciones en la búsqueda de una espiritualidad más profunda". J. W. O'Malley SJ, "Ministerios de la palabra", en Pascual Cebollada, ed., *Diccionario de espiritualidad ignaciana*, Mensajero-Sal Terrae, 2 ed. 2007, II, p. 1229.

[18] Cf. F. Sánchez-Marco, «El proceso de interiorización", en C. Alemany - J. A. García-Monge (eds.), *Psicología y Ejercicios Ignacianos*, Mensajero-Sal Terrae, Bilbao-Santander 1991, II, ps. 35-47.

[19] Sigo a Arzubialde, *Ejercicios Espirituales. Historia y análisis*, Bilbao-Santander, 2 ed. 2009, ps. 347 ss.

II. LA ORACIÓN DE FE

La fe es amar lo que se cree, o mejor a aquel en quien se cree: Dios Padre, Hijo y Espíritu. El correlato es creer lo que amo, o mejor, creer a aquel que amo: Dios Padre, Hijo y Espíritu. Doy crédito y me fío de su historia que me cuenta el credo, incluyéndome a mí en esa historia. Me fío de sus promesas. Me descubro amado por Dios y me amo en Dios. *La fe es una manera de poseer ya lo que se espera, un medio para conocer las realidades que uno no ve* (Hb 11, 1).

Tanto en el acto de fe como en la oración se da la unión con Dios, el encuentro personal con El. La experiencia de Dios se da a través de la oración y a través de la vida. Es verdad que oración y vida van de la mano, pero yo no puedo dedicar materialmente todo mi tiempo a la oración. La oración es como un laboratorio de la fe, es una experiencia en estado puro para poder después descubrir a Dios en la vida. La oración así entendida es la fuente y crecimiento de la fe. En este sentido la oración se propone como el punto culminante de la fe. Con la oración de fe, Chaminade ha logrado crear un método pedagógico para hacer pasar las verdades de la fe, desde la cabeza (*fides quae*) al corazón (*fides qua*) para apropiarse vitalmente de los misterios revelados y adecuar su vida a los criterios y verdades de la fe[20].

1. Rezar con el Credo

El P. Chaminade lo propone como método de oración para principiantes, rezar con el Credo. Cuando recitamos en la misa el credo hacemos oración vocal. Si yo empiezo a reflexionar sobre el contenido de un artículo del Credo, estoy haciendo oración mental. Si combino ambos métodos, estaría haciendo la llamada "oración mixta". San Ignacio en los Ejercicios espirituales propone este tipo de oración utilizando el Padre Nuestro[21]. El P. Chaminade propone utilizar el Credo. Este no aparece propiamente como una oración en el actual Catecismo de la Iglesia. En él se distingue tradicionalmente lo que se ha de creer y lo que se ha de orar. Chaminade vuelve a juntar ambas realidades: *lex credendi, lex orandi*. Hay que orar conforme a nuestra fe. ¿Qué mejor manera de orar que siguiendo el Credo? En realidad los Ejercicios de San Ignacio son una meditación y contemplación de los misterios del Credo, de la historia de salvación. En la primera semana se contempla a Dios como principio y fundamento, en las siguientes contemplamos el misterio de Cristo y del Espíritu.

Chaminade empieza precisamente invitándonos a "considerar el fin para el que hemos sido creados". Dios es nuestro principio y nuestro fin. Creemos en Dios y esperamos poseerlo en la vida eterna y ya de manera anticipada ahora por la fe. A través de la oración vamos acogiendo el amor de Dios manifestado en los misterios de Cristo y somos invitados a responder a Dios con amor, descubriendo su amor en todo. Los

[20] Gascón, *Defender*…, op. cit., p. 261.

[21] [252] "*2º modo de orar*. El segundo modo de orar es que la persona, de rodillas o asentado, según la mayor disposición en que se halla y más devoción le acompaña, teniendo los ojos cerrados o hincados en un lugar sin andar con ellos variando, diga Pater, y esté en la consideración desta palabra tanto tiempo, quanto halla significaciones, comparaciones, gustos y consolación en consideraciones pertinentes a la tal palabra, y de la misma manera haga en cada palabra del Pater noster o de otra oración cualquiera que desta manera quisiere orar".

ejercicios terminan con la contemplación para alcanzar amor. Volvemos a la vida corriente dispuestos a amar y servir, a una fe que actúa a través del amor.

La manera de orar propuesta por Chaminade consiste en recitar lentamente un artículo del Credo. De hecho tan sólo ha desarrollado el primero: Creo en Dios Padre todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra. Después de recitarlo me paro un momento para que resuene en mí. Después recito sólo una parte del artículo: Creo en Dios Padre. Me paro, dejo que resuene en mí y estoy atento a los sentimientos y afectos que se producen en mi interior. Ya se ve que es un método para interiorizar. Cuando yo recito algo vocalmente estoy volcado hacia el exterior (a no ser que parezca que me esté escuchando a mí mismo). Cuando me detengo, empiezo a escuchar y dejo que Dios pueda irrumpir en mi vida. Pues bien, la oración es un diálogo de amor. En él hay que hablar con Dios, pero hay también que escucharlo. Para ello hay que estar atento al lenguaje de Dios que habla a través de las mociones e inspiraciones internas. Habla a través de su Espíritu. De ahí la importancia que el P. Chaminade dará a los cinco silencios y al recogimiento como preparación remota de la oración.

2. Ejercicios en la vida diaria

Lo que Antonio González Paz nos propone es en el fondo lo que hoy se llaman ejercicios en la vida diaria. Ya S. Ignacio se dio cuenta de que no todas las personas disponen de un mes, ni tan siquiera de una semana para hacer ejercicios. Pero los pueden ir haciendo en la vida diaria a lo largo de un año o del tiempo que haga falta.

No se trata de hacer los Ejercicios, añadiendo algo más de tiempo de oración, de lo que hacemos cada día, o conversando con un acompañante y luego reuniéndonos con el grupo, sino que es necesario integrar la vida cotidiana a la oración**:** es decir, llevar lo cotidiano, lo que nos pasa y sucede durante el día: lo que vemos, sufrimos, nos alegra, nos preocupa, a la oración: así nos habla Dios. A esto también le podemos decir: "discernir el día", "orar el día", "leer el día"... todo lo que vivimos, con los ojos de Dios viendo la presencia de Dios en lo que vivimos y nos sucede: alegrías, tristezas, preocupaciones, nuevos retos para la vida...

Antonio González Paz en su libro nos da los puntos de oración ya estructurados.

- Gracia a pedir: conocer, amar, servir. Se nos recuerda la finalidad de nuestra vida, algo que no podemos alcanzar sin la ayuda de la gracia.
- Composición de lugar: contemplar un cuadro. De esa manera entro en la historia de la salvación, una historia de hechos y no simplemente de ideas que yo me forjo. Es una historia que se actualiza hoy para mí.
- Rezar con la Palabra de Dios. Esto me permite escuchar a Dios y responderle. Es un diálogo de amor en el que utilizamos las palabras mismas que Dios ha inspirado.
- Rezar con las palabras de la Iglesia. No soy el primero que reza. Una nube de testigos me ha precedido y me acompaña en la oración, aunque ésta acontezca en lo recóndito de mi corazón.
- Rezar con la espiritualidad marianista. La espiritualidad marianista se ha ido plasmando también en los que nos han legado este carisma y lo han vivido y hecho oración. Tenemos aquí un "Retiro Marianista", que puede dar mucho

juego de cara al futuro. Los marianistas han compuesto otro "Retiro Marianista", llamado "El espíritu de Zaragoza", pero no podemos menos que alegrarnos de que empecemos a tener otras propuestas entre las cuales podemos elegir.

- ¿Cómo rezar con el Credo a lo largo del año en el Retiro en la vida ordinaria? Somos muchos los que rezamos con las lecturas de la Liturgia de cada día. Ahora bien, la liturgia sigue también la historia de la salvación. El P. Chaminade ha tenido una intuición genial que permite acercar la oración personal a la oración oficial de la Iglesia. A mi parecer podemos empezar por el artículo de la fe que está más en consonancia con el tiempo litúrgico que estamos viviendo. No hace falta empezar por el primer artículo del credo y terminar con el último. Lo importante es orar, gustar y ver qué bueno es el Señor.

© Mundo Marianista